

Guía de lectura y trabajo para el curso

Presocráticos I
el nacimiento de la filosofía y los
albores de la física

Ana Maria C. Minecan

Primera edición: marzo de 2019
Segunda edición: septiembre 2025

*Guía de lectura y trabajo para el curso Los presocráticos I:
el nacimiento de la filosofía y los albores de la física*
Ana Maria C. Minecan

Colección: Guías de lectura para
los cursos del Centro de Estudios Filosóficos Alétheia

CEFA Ediciones – Centro de Estudios Filosóficos Alétheia
Madrid, 2025
www.anaminecan.com

ISBN-13: 979-8264701726

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

CONTENIDO

Sobre Alétheia y tu profesora	i
Clase 1 ¿Cómo estudiar a los presocráticos?	1
Clase 2 ¿Por qué surgió la filosofía?	11
Clase 3 El alfabeto griego: una nueva forma de pensar	23
Clase 4 Democracia, frontera y desacralización	33
Clase 5 El paso del mito al lógos	41
Clase 6 El “primero en filosofar”: Tales de Mileto	49
Clase 7 El agua y el rechazo de los dioses	53
Clase 8 El alma de la naturaleza y el hilozoísmo	57
Clase 9 Anaximandro de Mileto y el ápeiron	63
Clase 10 La estructura del cosmos	69
Clase 11 ¿Cuál es el origen de la vida?	73
Clase 12 Anaxímenes y el aire como <i>arjé</i>	77
Clase 13 El problema de la incognoscibilidad	81
Clase 14 Pitágoras: sincretismo e influjos orientales	85
Clase 15 La escuela pitagórica de Crotona	91
Clase 16 El ideal pitagórico de pureza	97
Clase 17 Acusmáticos y matemáticos	105
Clase 18 El nacimiento de la metafísica	109
Clase 19 El influjo del orfismo sobre el pitagorismo	113
Clase 20 Las sentencias acusmáticas	121

Clase 21 La música de las esferas	127
Clase 22 El significado místico de los números	133
Clase 23 El primer modelo axiomático de Occidente	139
Clase 24 El salto de la geometría a la física	145
Clase 25 El descubrimiento de los números irracionales	149
Clase 26 Cosmología pitagórica	155
Clase 27 Heráclito “el oscuro”	161
Clase 28 El nacimiento de la epistemología	167
Clase 29 Guerra y movimiento	173
Clase 30 El fuego y el devenir	179
Clase 31 Parménides y el juego de la lógica	187
Clase 32 El salto del no-ser al ser	193
Clase 33 Cómo describir al ser en versos	201
Bibliografía	209
Cuestiones para reflexionar	215

CLASE 31 | PARMÉNIDES Y EL JUEGO DE LA LÓGICA

La imagen de un progreso continuo de la investigación natural — nutrida por el dato sensible y la formalización matemática— se ve sometida a examen cuando Parménides sostiene que el movimiento no puede pensarse sin incurrir en contradicción. Si el cambio exige admitir que lo que no es llegue a ser, o que lo que es deje de ser, se introduce el no-ser en el ámbito del pensar y del decir, lo que vulnera las reglas elementales de la razón. En esas condiciones, la naturaleza, entendida como el conjunto de transformaciones que la física describe, carecería de estatuto ontológico: sería una ilusión. La contundencia del argumento altera la arquitectura del saber y fuerza una respuesta que, en la Antigüedad, cristaliza en la *Física* aristotélica. Allí, pese a una descalificación inicial del desafío eleático como retórico, se construye un andamiaje teórico para sostener de nuevo la realidad del cambio. El episodio marca un punto de no retorno: a partir de Parménides, la física solo puede afirmarse si logra compatibilizar el ser con el devenir sin violentar la lógica.

| Conceptos principales

Ser: Núcleo ontológico del discurso parmenídeo. Pensar y ser se exigen mutuamente; el ser es uno, pleno, indivisible e inmóvil. Admitir el

cambio implicaría introducir el no-ser en el pensar, lo que resulta inadmisibile en términos lógicos.

Movimiento: Rasgo definitorio de la física milesia y heraclítea que Parménides impugna. Si el movimiento presupone que algo “pasa” de no ser a ser (o viceversa), su concepto compromete el principio de no contradicción.

Naturaleza: Conjunto de procesos y transformaciones (generación, corrupción, alteración, traslación) que la física pretende describir. La tesis eleática amenaza con disolver este ámbito en apariencia sin estatuto ontológico firme.

Uno: Figura conceptual del ser parmenídeo: totalidad sin fisura, ajena a multiplicidad y devenir. Constituye el reverso exacto del mundo cambiante que la física milesia daba por real.

| Fechas fundamentales

Ca. 515–450 a. C.: Vida y actividad de Parménides de Elea en la Magna Grecia.

Ca. 500–450 a. C.: Configuración de la escuela eleática y difusión del poema parmenídeo.

Siglo V a. C.: Desarrollo y recepción de posiciones milesias y heraclíteas que toman el movimiento como eje de la explicación natural.

Ca. 335–322 a. C.: Redacción de la *Física* de Aristóteles, con la respuesta sistemática a la objeción eleática.

Época helenística y romana: Transmisión y comentario de los fragmentos eleáticos y consolidación de tradiciones exegeticas.

| Resumen

El paisaje intelectual heredado de los milesios y de los pitagóricos estaba marcado por una confianza metódica: los sentidos ofrecían fenómenos ordenables y la matematización permitía establecer relaciones estables. Sobre ese telón de fondo, el mundo aparecía como inteligible y, aunque problemático, abordable. La entrada de Parménides reconfigura el terreno desplazando el foco desde la diversidad de las cosas hacia las condiciones del pensar que hacen posible decir algo de ellas sin contradicción. No cuestiona una hipótesis empírica concreta; pone en tela de juicio la premisa compartida por todos los fisiólogos: que hay movimiento.

El blanco de la crítica es preciso. La física había entendido la naturaleza como un tejido de procesos: generación y corrupción, alteración cualitativa, crecimiento y disminución, traslación. Ese modo de hablar parece inevitable para describir lo que se observa, pero encierra una dificultad lógica: hablar de cambio significa admitir que algo que no era pasa a ser, o que lo que era deviene no-ser. Parménides identifica ahí el nudo: si el pensar es coextensivo con el ser, no puede acoger el no-ser sin vaciarse de sentido. Conclusión: el movimiento no es pensable sin contradicción; por tanto, no es. El paso siguiente es inexorable: si el movimiento cae, la naturaleza, definida por el cambio, se disuelve como objeto legítimo de ciencia. La física, en tal caso, sería una empresa sin objeto real.

Esta conclusión tiene un alcance mayor que la mera negación de un hecho. Obliga a reconducir la ontología hacia la figura del uno: lo real no podría estar compuesto por una pluralidad de entes móviles, sino que debería ser pleno, continuo, indiviso, inmóvil. No habría “antes” y “después”, ni “aquí” y “allí”, porque toda segmentación temporal o espacial supone alteración. La tesis, por tanto, no es un capricho especulativo; es la exigencia de coherencia del discurso racional cuando se aplica a su objeto más universal, el ser. Ese gesto instala una tensión duradera entre la evidencia sensible del cambio y la exigencia lógica de no contradicción.

La Antigüedad reaccionó a esta tensión con una combinación de desdén retórico y trabajo técnico. Aristóteles abre la *Física* restando importancia al desafío eleático, tildándolo de disputa verbal. Sin embargo, el desarrollo del tratado muestra el peso real del problema: se dedican libros enteros a definir con rigor el movimiento, el tiempo, el lugar, y a distinguir entre acto y potencia. La estrategia aristotélica no consiste en negar la fuerza del argumento, sino en reconstruir una ontología en la que el devenir sea pensable sin admitir el no-ser como término absoluto: lo que cambia no pasa de la nada al ser, sino de la potencia al acto; lo que “no es” no es pura nada, sino un modo de ser relativo. Con ese giro, el movimiento recupera su estatuto y la naturaleza vuelve a ser objeto de ciencia.

El episodio enseña una lección metodológica duradera. Primero, que una ciencia de la naturaleza no se sostiene solo con observación y cálculo; requiere un basamento lógico que asegure la inteligibilidad de sus nociones fundamentales. Segundo, que una objeción sólida puede obligar a rediseñar categorías y jerarquías conceptuales. Tercero, que el enfrentamiento entre verdad y opinión no separa simplemente mundo inteligible y mundo sensible, sino dos vías: la que atiende a la necesidad del discurso, y la que se deja llevar por lo que aparece. En adelante, cualquier defensa de la física deberá mostrar cómo se salva el cambio sin violar el principio de no contradicción, y cómo el lenguaje acerca de la naturaleza se ancla en un horizonte ontológico consistente.

La importancia de este giro no reside únicamente en su negatividad —la negación del movimiento—, sino en su rendimiento positivo: delimitar con nitidez el campo de la lógica y su primacía en la investigación filosófica. El gesto eleático no clausura la física; la obliga a madurar. De ese modo, el itinerario que parecía un avance lineal se revela como una dialéctica: el progreso no es acumulación de datos, sino depuración de supuestos. La controversia suscitada por Parménides actúa, así, como un agente de clarificación cuyo efecto alcanza a toda la tradición posterior.

| Bibliografía

Aubenque, P. (2008). *El problema del ser en Aristóteles*. Madrid: Alianza Editorial.

Barnes, J. (2013). *Early Greek Philosophy*. London: Penguin Classics.

Cordero, N.-L. (2010). *Parménides: Poema. Texto griego, traducción y comentario*. Madrid: Gredos.

Curd, P. (2011). *A Presocratics Reader: Selected Fragments and Testimonia* (2.^a ed.). Indianapolis: Hackett Publishing.

García Yebra, V. (Ed. y Trad.). (1995). *Aristóteles: Física*. Madrid: Gredos.

Graham, D. W. (2006). *Explaining the Cosmos: The Ionian Tradition of Scientific Philosophy*. Princeton: Princeton University Press.

Kirk, G. S., Raven, J. E., & Schofield, M. (1983). *The Presocratic Philosophers* (2.^a ed.). Cambridge: Cambridge University Press.

Mourelatos, A. P. D. (2008). *The Route of Parmenides* (2.^a ed.). Las Vegas: Parmenides Publishing.

Reale, G. (2004). *Historia de la filosofía antigua I: De los orígenes a Sócrates*. Barcelona: Herder.

CLASE 32 | EL SALTO DEL NO-SER AL SER

La regla compartida por la filosofía griega según la cual de la nada nada procede sirve a Parménides para impugnar el corazón de la física: si no cabe un tránsito del no-ser al ser, tampoco es pensable un cambio que consista en dejar de ser lo que se es para pasar a ser otra cosa. El análisis del ejemplo más simple —una variación de color— muestra que nunca “vemos” el cambiar, sino estados ya constituidos. De ahí la sospecha de que el movimiento sea una apariencia sensible y no un hecho inteligible. La alternativa eleática sostiene un único ser, indiviso y esférico, eterno e inmóvil, accesible solo al pensamiento riguroso. La respuesta posterior —culminada en Aristóteles— deberá justificar la realidad del cambio sin incurrir en contradicción.

| Resumen

El punto de partida es una distinción ontológica tan simple como decisiva: lo que es, y lo que no es. Llamar cosmos (κόσμος, *kósmos*) al conjunto ordenado de lo existente equivale a decir “ser” —no en el sentido de un ente particular, sino como totalidad de lo real—, mientras que el no-ser es, por principio, vacío de propiedades, potencia y determinación. Sobre esta base se asienta la máxima compartida por el pensamiento griego arcaico: de la nada, nada procede. Parménides

detecta en esa máxima una potencia crítica insospechada. Si el tránsito del no-ser al ser es imposible, entonces cualquier descripción del mundo que suponga un “dejar de ser esto para pasar a ser aquello” queda, al menos en su forma ingenua, bajo sospecha. La *phýsis* que los fisiólogos jónicos y los pitagóricos habían concebido como urdimbre de procesos, pierde su inteligibilidad si el cambio implica introducir, aunque sea por una rendija, el no-ser como término del que se parte o al que se llega. El golpe parmenídeo es quirúrgico: no niega los fenómenos por capricho, exige que el discurso sobre ellos sea coherente con sus propios principios.

La objeción se hace palpable cuando se toma un ejemplo mínimo — la variación de color— y se intenta expresarlo con precisión lógica. Decir que una esfera pasa de blanca a negra parece involucrar una sucesión: primero ser-blanca, después no-ser-blanca. Pero, interrogado con detalle, el proceso no exhibe un “instante de devenir” identificable: al observar en cualquier punto de la secuencia, lo único que aparece es ser determinado —blanco, gris claro, gris medio, oscuro, negro—, nunca el “cambiar” mismo. La intuición de que el movimiento es un continuo atravesado por estados discretos de determinación conduce a un borde conceptual: o bien se admite un estado que combine a la vez ser y no-ser de una misma propiedad —lo que vulnera el principio de no contradicción—, o bien se reconoce que el lenguaje de la transformación es un modo laxo de hablar que no encuentra correlato pensable en el análisis fino. Parménides elige la segunda vía: si el “cambiar” no puede pensarse sin contradicción, no es. Aquí se cifra la dureza de su propuesta: aquello que la experiencia sensible presenta como evidente —diversidad y devenir— podría ser una apariencia que el *logos* desautoriza.

La consecuencia ontológica es extrema: lo real no puede ser una pluralidad móvil, sino una totalidad sin fisuras, uno y lo mismo consigo. De ahí la imagen de la *esfera*, la “bola bien redonda”, que no pretende ser un modelo geométrico del mundo físico, sino una figura de pensamiento para expresar plenitud, homogeneidad y ausencia de borde. El ser es indiviso porque toda división presupone diferencia; continuo, porque

distinguir partes exige criterios que introducen alteración; homogéneo, porque la heterogeneidad sería ya una pluralidad de determinaciones; perfecto, porque carece de carencia; inmóvil, porque el desplazamiento de un “aquí” a un “allí” supone dejar de estar donde se estaba y comenzar a estar donde no se estaba, es decir, aceptar un pasar del no-ser al ser en el ámbito local. La suma de predicados no obedece a una estética especulativa, sino a una estricta disciplina de coherencia con el axioma inicial.

La exigencia de coherencia repercute de inmediato en el plano gnoseológico. Los sentidos muestran variedad y cambio; la razón solicita necesidad y consistencia. Si el análisis racional no encuentra lugar para el devenir sin quebrar sus propios principios, la credibilidad inmediata de los sentidos se resiente. Parménides no inaugura la desconfianza hacia la apariencia —ya Heráclito había denunciado el descuido de quienes oyen sin entender—, pero lleva esa actitud a un nivel nuevo: la imagen sensible del mundo no es simplemente deficiente; puede ser incompatible con lo que se deja pensar sin contradicción. Se establece así una jerarquía: la primacía del *logos* no devalúa el dato empírico por mero prejuicio, sino por fidelidad a una regla del pensamiento que estructura toda afirmación posible.

Conviene, no obstante, precisar el alcance de la impugnación. El eleatismo no sostiene que nada ocurra en absoluto, sino que no es pensable que “algo devenga” si por devenir se entiende pasar de no-ser a ser o viceversa. El blanco que “deja de ser” se traduce en una serie de determinaciones que se suceden, pero ninguna de ellas es el “dejar de ser” mismo. El punto problemático no es la serie de estados, sino el supuesto instante fronterizo en que una y la misma determinación sea y no sea a la vez. Por eso, el problema del cambio se empareja con el problema del límite: ¿qué estatuto tiene el “entre” cuando se afirma que algo está pasando de un estado a otro? Parménides fuerza a reconocer que el “entre”, pensado como no-ser de cada estado y, sin embargo, condición de su enlace, es una categoría equívoca. Si el “entre” es algo, ya es; si no es nada, no puede operar.

A partir de aquí se vuelve ineludible distinguir niveles: el del fenómeno —lo que se da en la experiencia—, el del lenguaje que lo describe y el de las condiciones lógicas de posibilidad de ese lenguaje. Que la esfera aparezca progresivamente menos blanca a medida que disminuye la luz es un hecho fenomenológico. Llamar a esa secuencia “cambio de color” es una descripción lingüística. Pretender que tal “cambio” consista en que “el no-blanco deviene blanco” introduce un contenido ontológico que compromete la coherencia del discurso. El mérito —y la dureza— de Parménides consiste en no permitir que los niveles se confundan: lo que se afirma debe ser pensable tal como se afirma.

El desafío obligará a redefinir las nociones con las que la filosofía de la naturaleza piensa el movimiento. En vez de hablar en términos de no-ser y ser, Aristóteles propondrá una ontología en la que el contraste se formula como potencia y acto. Lo que “no es aún” en acto puede “ser” en potencia, de suerte que la actualización no implica proceder de la nada, sino realizar una capacidad inscrita en el ente. Por esa vía, el cambio deja de ser un paso desde el no-ser absoluto y se convierte en tránsito desde una determinación posible a una determinación efectiva. La kínēsis, pensada así, resulta describible sin quebrar el principio de no contradicción: el mismo sujeto no es, al mismo tiempo y bajo la misma relación, blanco y no-blanco; es blanco en acto o lo es en potencia. La transformación (μεταβολή, metabolé) no exige una ontología del “nada”, sino de las capacidades. La estrategia aristotélica no refuta el axioma parmenídeo —de la nada, nada—; rehace la gramática ontológica para que el devenir no sea un nombre vacío.

No es casual que la aporía del cambio se apoye en ejemplos “simples” —color, temperatura, lugar, tamaño—: en ellos se ve con especial claridad lo que está en juego. El calentarse no exige que el frío “deje de ser” desapareciendo en la nada; puede entenderse como ganancia de una forma (grado térmico) que el sujeto estaba en potencia para recibir. El cambio de lugar no supone que el “aquí” se niegue absolutamente, sino que el cuerpo ocupa sucesivamente distintos lugares, cada uno de los cuales, en el momento en que se lo afirma, es plenamente “aquí”. El

sentido del tiempo aparece entonces como decisivo: la simultaneidad de contrarios en el mismo sujeto, bajo la misma relación y en el mismo instante, es lo que se excluye; la sucesión es lo que se describe. Pero justo cuando se intenta capturar el instante-límite —ese “ahora” en el que una cualidad “se va” y otra “llega”—, el análisis vuelve a tropezar con el borde lógico que Parménides había señalado: o se postula un “ahora” de doble pertenencia —inaceptable— o se admite que lo único que se piensan son estados antes y después.

Es comprensible que, en este contexto, la matemática naciente —especialmente la teoría del continuo— adquiriera relevancia filosófica. La noción de límite permite describir aproximaciones sin presupone un “instante de tránsito” con doble determinación; la derivada formaliza variaciones sin hipostasiar el “cambiar”. Sin embargo, tales herramientas requieren, para ser metafísicamente significativas, un anclaje ontológico que evite la reintroducción encubierta del no-ser absoluto. La advertencia parmenídea sigue operando como un control de coherencia: los modelos pueden ser poderosos, pero no deben obligar a decir lo que no se deja pensar sin contradicción.

El episodio comparativo con la *creatio ex nihilo* medieval ilumina el contraste. La tradición cristiana, deseosa de subrayar la omnipotencia de la divinidad, afirma que el ser procede de la nada por acto creador. Leída desde la sensibilidad filosófica griega, la proposición invierte el axioma: lo que la ontología clásica niega como imposible —la emergencia del ser desde el no-ser— se declara posible por referencia a una causa absoluta. La mención no introduce aquí un argumento teológico, sino un punto de contraste intelectual: el eleatismo no se apoya en una autoridad revelada; reposa en la disciplina del pensar. De ahí su influencia perdurable en la tradición filosófica laica: cualquier teoría que invoque la “nada” como origen sin mediación conceptual rigurosa suena, para un oído moldeado por Parménides, a contradicción encubierta.

La crítica al cambio, además, no es un capricho aislado, sino el síntoma de una reordenación de las categorías. Si el ser es uno, indiviso y sin carencia, no hay espacio para una pluralidad de sustancias con

determinaciones mutables. La multiplicidad fenomenal, entonces, se desplaza al estatuto de apariencia, sombra, *doxa*: relato útil para orientarse en la experiencia, pero no criterio de verdad última. Este desplazamiento no liquida la investigación natural —no obliga a abandonar la astronomía, la medicina o la matemática—; la obliga a no confundir nivel explicativo. Lo que se llama “ley” o “proceso” podrá ser eficaz en el trato con los fenómenos, pero su validez metafísica habrá de sopesarse a la luz del principio que impide convertir el no-ser en término operativo.

La recepción del desafío eleático no será uniforme. Habrá quien, como los atomistas, proponga una ontología en la que lo lleno —los átomos— sea estrictamente ser y el vacío, aunque llamado “nada”, funcione como condición de posibilidad del movimiento sin reclamar propiedades positivas; es un modo de salvar la movilidad sin atribuir al vacío consistencia ontológica fuerte. Habrá quien, como los pluralistas, distribuya la unidad en “raíces” o “principios” que, mezclándose y separándose, produzcan fenómenos sin que ninguna cualidad absolutamente desaparezca: las dosis cambian, no el ser último. Y habrá, por supuesto, la gran síntesis aristotélica, que con su pareja potencia/acto reconcilia el devenir con el axioma eleático. En todos los casos, la sombra de Parménides opera como exigencia: pensar el cambio exige limpiar el discurso de supuestos que lo hagan impensable.

Vuelve así al primer plano la cuestión del lenguaje. Definir con rigor qué se afirma cuando se dice “X cambia” es la condición para que la investigación no naufrague en paradojas. Las expresiones cotidianas —“deja de ser”, “se convierte en”— se revelan inadecuadas si no se las acompaña de una gramática ontológica que las sostenga. La sensibilidad filosófica que de aquí emerge es una ética del decir: antes de multiplicar hipótesis, es preciso asegurar que las categorías con las que se piensa no inducen, sin advertirlo, aquello mismo que se había prohibido.

Al cabo, la enseñanza más honda del episodio eleático no es una dogmática del uno inmóvil, sino una disciplina del pensamiento. La física, para ser ciencia, no puede apoyarse solo en la acumulación de datos sensibles o en la elegancia de fórmulas; necesita un suelo lógico que

garantice que lo que dice se deja pensar. Ese suelo no prescribe contenidos empíricos, pero sí reglas: no introducir el no-ser como término operativo; no admitir simultaneidad de contrarios bajo la misma relación; no confundir niveles de descripción. Sobre ese suelo, el trabajo posterior será doble: por un lado, elaborar categorías que permitan hablar del devenir sin nihilismo ontológico —potencia/acto, forma/materia, causa eficiente y final—; por otro, construir modelos que, sin exigir “instantes de tránsito” contradictorios, describan variaciones continuas con precisión. El legado de Parménides es, en este sentido, una vacuna contra la complacencia conceptual: obliga a ganar, a pulso de análisis, el derecho a usar palabras tan corrientes como cambio o movimiento.

La lección repercute, además, en la comprensión de la racionalidad misma. Si la razón pretende legislar para el ser, ha de aceptar sus propios límites: no puede decretar que existe lo que, por estructura, no se deja pensar. Pero esa limitación no empobrece la investigación; la encauza. Al exigir que la física rinda cuentas a la lógica, no se la reduce a un juego de definiciones; se le otorga una brújula. La historia posterior mostrará que, cuando esa brújula se pierde, florecen discursos que, bajo retóricas poderosas, reinstalan el no-ser como operador —ya sea en cosmologías que apelan a “la nada” creadora o en metafísicas de la desaparición—. La vigilancia eleática, lejos de ser un arqueologismo, mantiene vivo el criterio que separa explicación de hechizo verbal.

La elegancia de la imagen esférica del ser, por fin, no debe engañar: no es metáfora complaciente, sino símbolo de una tesis radical. Decir que lo real último es “redondo” es afirmar que carece de ángulos, cortes o discontinuidades; que no hay por dónde introducir una cuña ontológica que privilegie una parte sobre otra. Ese todo pleno —uno, continuo, homogéneo, perfecto, inmóvil— no describe el cielo visible ni el conjunto de objetos; delimita el horizonte de lo que puede afirmarse sin contradicción cuando se habla del ser como tal. Las ciencias de la naturaleza, ocupadas con entes de experiencia, podrán —y deberán— seguir su curso, pero bajo la conciencia de que su discurso opera en un nivel donde “cambio”, “movimiento”, “tiempo” o “lugar” deben ser

pensados con categorías que no violen el axioma primero. Cuando eso ocurre —cuando la física se deja pensar—, el diálogo con Parménides no concluye en negación, sino en madurez.

En suma, la fuerza de la propuesta eleática reside en haber convertido una regla compartida —de la nada, nada— en criterio para evaluar la consistencia de todo decir acerca del mundo. El efecto inmediato fue una crisis: la *phýsis* dejó de ser un paraíso de evidencias; el movimiento, un dato sin problema. El efecto duradero fue un progreso metodológico: la obligación de distinguir niveles, depurar categorías y demostrar que las nociones con las que se opera no llevan, escondida, la imposibilidad lógica. Que la tradición posterior haya encontrado vías para pensar el devenir sin traicionar el axioma no disminuye la importancia del reto; al contrario, la subraya. Fue la exigencia parmenídea la que obligó a inventar las herramientas conceptuales con las que todavía hoy se piensa el cambio sin magia y sin contradicción.